

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Las violetas de los príncipes

La pequeña Mariana llevaba mucho tiempo en cama. Estaba enferma y demasiado débil para jugar. Su cuidadora se había quedado dormida junto a su cama. Mariana miró a su alrededor. ¿Qué podía hacer? No había nadie que la entretuviera. Ya había leído los libros de su estantería por enésima vez. Ya no le interesaban.

Aburrida, miró el pequeño ramo de violetas junto a su mesa. Parecía que una de las violetas la estaba mirando. La levantó con cuidado. Tenía una cara dulce y sonriente. De repente, oyó una voz suave.
¡Venía de la violeta! La violeta miró amablemente a Mariana.

—¿Te cuento un cuento? —preguntó.

—Me encantaría —contestó Mariana.

—Puedo contarte la historia de las violetas, si quieres —dijo la violeta.

—¡Oh, me encantaría! —respondió Mariana.

—Es la historia de los príncipes y las violetas.



Mariana se acostó cómodamente. El gato se acurrucó en sus brazos.

—Érase una vez un rey con gemelos recién nacidos. Eran dos hijos extremadamente bonitos llamados Púrpura y Krip. Pero el rey no se ocupó de ellos. La reina había muerto en el parto de los gemelos. El rey se perdió leyendo libros y bebiendo vino para escapar de su pena. Se negó a vestir el color púrpura, algo que se llevaba en aquella época para mostrar luto por un ser querido que había fallecido. El rey siguió vistiendo su abrigo verde con su sombrero rojo.

Los jóvenes príncipes fueron criados por una niñera cuando eran muy pequeños, y más tarde los maestros se hicieron cargo.

A pesar de la tristeza por la pérdida de su madre y la falta de amor de su padre, los príncipes siempre fueron amables, obedientes y simpáticos.

Los súbditos del rey le rogaron que buscara una nueva reina. Eso devolvería la alegría a la tierra. Pero el rey no hizo ningún esfuerzo.

Un día una mujer que había decidido casarse con el rey se presentó en la puerta. Llevaba ropas de color púrpura para mostrar que estaba de luto por la muerte de la reina. Tenía dos hijas pequeñas llamadas Prímula y Narcisa. Estos nombres eran perfectos para las niñas, a

las que les gustaba llevar ropa de color amarillo. Los súbditos se alegraron mucho con la llegada de la mujer y sus bonitas hijas. Era una mujer hermosa de ver, y, además, muy amable.

El rey se casó con ella y dejó que su esposa gobernara el país. No le apetecía hacerlo él mismo.

Al principio, la nueva reina era muy amable y simpática, pero el poder se le subió a la cabeza. Empezó a abusar de su alta posición con leyes que solo servían para su propio beneficio. Sus hijas se sentaban a su lado en el trono. Los príncipes se sentaban a sus pies.

Los súbditos y el pueblo empezaron a molestarse por su comportamiento egoísta e intentaron advertir al rey. Pero el rey no quería oírlo, se encerraba en sus libros y bebía vino.

Los príncipes obedecían a su madrastra y soportaban los terribles comentarios de sus hermanastras, pues as jóvenes princesas también se volvieron muy engréidas.

La reina esperaba que el rey muriera algún día para quedarse con el reino. Pero había que deshacerse de los dos príncipes. Los desterró a un lugar apartado del palacio. Ya no se les permitía ser vistos en público. Adam, el jardinero, se hizo cargo de los niños. Les enseñó todo sobre plantas, flores y jardinería. También aprendieron a bailar y tocar música.

Un día, los jóvenes príncipes comenzaron a anhelar más libertad. Le rogaron a la reina que les dejara hablar con su padre. La reina se sorprendió cuando vio a los muchachos. ¡Eran guapos e inteligentes! Esa noche, hizo que los soldados los capturaran. Los encerraron en una torre alta donde solo recibían un trozo de pan con agua al día. Para explicar su ausencia, dijo al rey que los niños se habían escapado y que había enviado gente a buscarlos. Por supuesto, no era cierto, pero al rey no pareció importarle.

Los muchachos permanecieron en la torre durante un año. Diariamente recibían la visita de pájaros, que cantaban hermosas canciones para ellos. Eso hizo su estadía un poco más placentera. Pero cuando los chicos no recibieron ni pan ni agua durante unos días, comprendieron que la intención era que murieran de hambre.

—Ahora es momento de escapar —dijo el príncipe Púrpura—. Si nadie viene a salvarnos, tendremos que hacerlo nosotros mismos.

Idearon un plan. Con todo lo que tenían a mano en la torre, hicieron una larga cuerda. Con ella salieron de la torre.

Luego visitaron a Adam, que se alegró mucho de verlos. Aconsejó a los jóvenes príncipes que abandonaran el

país y regresaran cuando fueran adultos para reclamar el trono.

—Pero, ¿dónde vamos a vivir? —preguntó el príncipe— ¡No tenemos nada!

Adam les dio ropa.

—También tengo aquí algunos instrumentos musicales. Pueden hacer música y bailar y ganar dinero con ello. También les doy unas semillas mágicas. Les traerán suerte. Planten las semillas cuando estén lo suficientemente lejos y hayan encontrado una casa. Son semillas mágicas. Solo brotarán si son plantadas por manos principescas.

Y así partieron los dos príncipes. Hicieron música y ganaron dinero suficiente para salir adelante. La alegría que producían los muchachos era contagiosa. La gente estaba encantada de pagar por ello.

Varios años después, los príncipes tenían dinero suficiente para comprar una casa. Para entonces habían recorrido un largo camino desde el reino de su padre. Era el momento de plantar las semillas. La casa estaba en un lugar remoto donde podían llevar su vida sin ser molestados. Vivían de bayas silvestres, nueces, pescado, conejos y pan de centeno que compraban a una anciana que venía a recoger hierbas.

Pasó mucho tiempo antes de que aparecieran los brotes en las plantas, y los chicos dudaban a veces de que fueran verdaderas semillas mágicas.

—Si no podemos cultivar flores, haremos música durante los próximos años para ganarnos la vida. Y cuando seamos lo suficientemente mayores, regresaremos a nuestro reino para reclamar legítimamente el trono —dijo Púrpura.

—La anciana tiene mucha curiosidad por nuestro jardín y las plantas que cultivamos aquí —dijo Krip—. Le he dicho que nosotros no lo sabemos, pero que, si vienen las flores, es bienvenida a mirar. Sabe mucho de plantas. Si estas plantas pueden ayudar a curar a los enfermos, sería una gran recompensa. Aunque no ganemos nada con ello.

—Tienes razón, hermano —respondió Púrpura—. ¡Prefiero hacer más feliz a la gente que ser rey!

A la mañana siguiente todo estaba en flor. Eran violetas, pero más hermosas que nunca. Parecía que tenían caritas, mitad tristes, mitad felices.

—¿Qué podemos hacer con las violetas y cómo pueden traernos suerte? —se preguntó Púrpura.

—Las venderemos —dijo Krip—. Son maravillosamente bonitas y especiales. Seguro que nos darán mucho dinero.

—¡Son hermosas! —oyeron decir a la anciana detrás de ellos.



—¡Lo conseguimos! —dijo Púrpura, y cogió una flor para dársela a la mujer.

—Puedo leer plantas —dijo la anciana—, y estas flores me cuentan una triste historia.

Giró la flor varias veces con sus huesudos dedos.

—Veo cinco pétalos. Este gran pétalo dorado esta solo sobre un doble asiento verde. Los dos pétalos amarillos más pequeños, con un pequeño borde morado, están a ambos lados. Pero estos dos pétalos púrpuras solo tienen un asiento verde, aunque son más hermosos que los otros pétalos. Y en el centro veo a un hombrecillo vestido de verde con un gorro rojo. Está en el lugar más cálido. Tiene una bolsa de semillas que madurarán si quiere darle al sol acceso a su corazón.

Los muchachos sonrieron, pero no dijeron nada. Era su propia triste historia la que estaba escrita en las flores mágicas.

—Se venderán bien —continuó la anciana—. Sacan lo bueno de la gente. El mundo entero necesita eso. Pueden ganar una fortuna con ellas.

Los días siguientes, las violetas se vendieron bien en el mercado. Aunque parecían pobres, irradiaban algo especial. Todos querían comprarlas. Los médicos compraban las flores para animar a sus pacientes. La gente triste las compraba para animarse. Incluso la gente mala las compraba porque las caras dulces nunca les reprochaban nada, despertando mejores sentimientos en sus malos corazones.

La reina y sus hijas también querían las flores. La reina vivía con miedo. El pueblo no la quería y empezaba a rebelarse, porque ella no se ocupaba de los pobres.

Prímula y Narcisa habían traído las flores porque querían poseer todo lo que fuera nuevo y hermoso, sin importar el costo. Incluso el rey recibió un ramo de violetas junto a su cama. Él también se fijó en ellas, especialmente porque llevaban el nombre de su difunta reina: Viola.



Mientras tanto, los dos príncipes viajaban por el mundo. Vendían flores en el verano y cantaban y bailaban en el invierno. Preferían hacerlo en cárceles, hospitales y barrios pobres. Allí no solo dejaban felicidad, sino también dinero, y luego se escabullían tranquilamente sin esperar agradecimientos.

Los muchachos se sentían libres.

—No me gustaría estar encerrado en un palacio obligado a seguir todo tipo de reglas —decían—. Pero si podemos ayudar a los pobres de nuestro reino a encontrar trabajo, lo haremos. Hemos ahorrado suficiente dinero. Volvamos a nuestro reino en silencio, con la esperanza de que nuestro padre quiera vernos esta vez. Nadie necesita saber quiénes somos. Nos llamaremos los hermanos misericordiosos.

Así que se disfrazaron con túnicas marrones de monje y una gran capucha que les cubría la cabeza, y entraron al reino de su padre. Buscaron a Adam. Éste se alegró mucho de ver a los hermanos y se sintió muy orgulloso de ellos. Los príncipes se quedaron con él. Desde aquella casa, los hermanos ayudaron a los pobres de diversas maneras a lo largo del día. Pusieron violetas por todas partes, llevando felicidad y paz a muchos hogares.

Mientras tanto, la reina tenía un miedo mortal por sus maldades, y el rey estaba muy enfermo. Temía mucho que el pueblo se revelara, así que hizo venir al palacio a

los hermanos misericordiosos. Nadie reconoció a los príncipes. La reina suplicó ayuda a los hermanos. Se dio cuenta de que sus ansias de poder y riqueza la habían convertido en una mala persona. Quería mostrar arrepentimiento.

—Si realmente te arrepientes, intenta compensar todo el daño que has hecho —dijo el príncipe Púrpura—. Ten compasión de tu gente y empieza a ayudarlos. Asegúrate de que pueden confiar en ti. Entonces estarás a salvo y serás feliz.

—¡Sí, quiero y lo haré! —gritó la reina.

—Es una historia preciosa —dijo Mariana.

—No olvides lo que hay que aprender de ello, querida —dijo la flor—. Aprende a tener paciencia y haz de tu pequeño reino un lugar amoroso y feliz. Aprende de todo lo que te rodea, aunque sólo sea algo pequeño como una violeta.

Mariana sonrió y cogió la flor en la mano. Las palabras de la flor la reconfortaron y le dieron una sensación de paz. Sabía que podía hacer de su mundo un lugar mejor siendo amable y paciente con los que la rodeaban.

Mientras caminaba de vuelta a su aldea, Mariana pensó en los hermanos misericordiosos y en cómo habían cambiado su reino para mejor. Se dio cuenta de que

incluso los pequeños actos de bondad y generosidad pueden marcar una gran diferencia en la vida de las personas.

Cuando llegó a casa, Mariana fue directamente a su jardín y se puso a cuidar las flores. Pensó en las lecciones que había aprendido del cuento y en cómo podía aplicarlas en su propia vida.

Desde aquel día, Mariana hizo un esfuerzo consciente por ser más amable y más paciente con quienes la rodeaban. Compartía sus flores con los vecinos y ayudaba a los necesitados. Sus pequeños actos de bondad se extendieron por todo el pueblo y pronto todos estaban más contentos y felices.

Con el paso de los años, el jardín de Mariana se hizo más hermoso y abundante. La gente venía de todas partes para ver sus flores y escuchar sus historias sobre los hermanos misericordiosos. Mariana estaba agradecida por las lecciones que había aprendido y por la felicidad que había traído a los demás. Sabía que había hecho de su pequeño reino un lugar mejor, igual que los hermanos misericordiosos habían hecho con el suyo.